

vagaban por los bosques sin atreverse a volver a las poblaciones.

El gobierno portugués reclutó mercenarios negros y los lanzó junto a su ejército contra toda esa población sublevada. Las bandas del FNLA, a lo largo de la frontera con Kinshasa, hacían lo mismo.

El viejo, sentado sobre las piernas cruzadas, entre los guerrilleros harapientos, arrancaba pedazos al trazo de carne cruda, clavando en ella los dos dientes delanteros, los únicos que posee, y halándola luego con las manos.

—¿Qué sabes de afuera?

—Lo que se oye por Angola Combatiente.

—Además.

—El grupo que salió de Brazaville no llegó al río. Los zairenses los mandaron para un campamento de la selva. Los mataron. Pero a la mujer antes la volvieron loca. Tres días la estuvieron pasando por encima.

El viejo sobrevivió a la carnicería en Catete escondido varios días entre los muertos de la fosa abierta, untándose con las secreciones de su podridión para coger sus olores, para ser más uno de ellos.

—Al otro grupo, el que ya había pasado en balsas el Congo, lo emboscó la selva más abajo de San Salvador. Quedó un solo hombre vivo que debe llegar en tres días.

—¿Por qué no lo acompañaste?

—Yo puedo venir por los caminos; él no. Pero ya le indiqué a quién puede ver cerca de Malais; allá lo esperan.

El viejo siguió viviendo en Catete, cerca del cementerio, en una casucha que apenas es un techo. Entraba y salía de Luanda, recorría las provincias hasta la frontera, cantando en quimbundo romances que improvisaba sobre las matanzas del 61, acompañándose él mismo de tambores de troncos quemados y pedazos de caña brava ahuecados, viviendo de la comida brindada por los mismos que lo escuchaban y conocían la lengua. Los portugueses lo tenían por loco.

—Ya Jika cruzó por el este al altiplano. El comandante Jika.

—¿De Luanda no mandan nada?

El hombre suelta la carne a medio masticar y separa los brazos.

—En Luanda no hay nadie que pueda mandar algo, jefe.

—Por el extranjero se andaba —dice Madruga—, bojeando Angola como un navegante a una isla donde no hallara puerto. Yo desde que salí de Tarrafal, de la prisión. Después de doce años, camarada, en la cárcel estuve el tiempo en que las personas tienen familia, sus hijos. Primero en el Cubango, en el campo de San Ambrosio, donde nos obligaban a arrancar ár-